

Mario González Suárez



La sombra del sol



Ediciones Era

# El meteorito

Pieza en tres actos dirigida por Eugenio Cortina  
Puerto Solar, tiempo actual



En la completa oscuridad del escenario se escuchan voces fragmentadas, objetos que ruedan, un zumbido eléctrico intermitente; por instantes surgen chispazos al fondo; parece que alguien se arrastra por el piso. Una de las voces que naufraga en la tiniebla dice que ha habido un terremoto de más de ocho grados en la escala común.

VOZ DE SONIA: ¿Dónde estás, hija?

VOZ DE LA HIJA: Aquí, mamá, junto a ti...

VOZ DE SONIA: Busca a tu padre...

VOZ DE LA HIJA: ¿A mi papá...?

VOZ DE SONIA: Tienes derecho a saberlo.

VOZ DE LA HIJA: ¿Qué cosa, mamá?

VOZ DE SONIA: Perdóname.

VOZ DE LA HIJA: ¿Qué quieres decir con eso?

VOZ DE SONIA: No me quiero morir sin que lo sepas. Lo volví a ver el verano pasado.

VOZ DE LA HIJA: No empieces a hablarme así, mamá, te lo suplico.

VOZ DE SONIA: A tu edad una no se da cuenta que la vida cumple nuestros deseos... Nos da todo lo que pedimos.

VOZ DE LA HIJA: Me asusta más oírte que estar aquí...

VOZ DE SONIA: Tu padre vive, hija... Hay una fotografía de él escondida en mi recámara.

VOZ DE LA HIJA: No nos ayudas comportándote de esa manera. Date cuenta.

Alguien acciona un encendedor y la débil flama deja ver por unos

instantes los botones de su camisa blanca y su barbilla, no se sabe si es hombre o mujer.

VOZ DEL GERENTE: ¿Quién prendió eso? ¡Apáguelo de inmediato!

Se extingue la flama. La oscuridad parece más intensa.

VOZ: ¡Perdón, señor! Es que no se ve nada...

Las voces se oyen muy distantes entre sí.

VOZ DEL GERENTE: Seguramente hay fugas de butano...

Surge un rumor eléctrico y al cabo de un minuto se enciende la iluminación de neón principal, que está en el techo. Por menos de un segundo es intensa, enseguida se torna tenue y parpadeante. En los instantes que dura se ve una hilera de refrigeradores, blancos casi todos. Frente a ellos se encuentra una formación de máquinas lavadoras. Más allá hay estufas, lavaplatos...

Flota en el aire un polvillo gris, el color de los objetos carece de brillo. Se apaga la luz pero al mismo tiempo se activa la iluminación secundaria, amarilla, también parpadea, batalla para encenderse definitivamente. Como estos fanales se encuentran a menos altura que los de neón, se forman sombras angulares entre los aparatos. Cada vez que esa luz centellea corta la oscuridad como navaja. Al fondo se distingue lo que parece una estructura caída; demasiadas cajas y escombros obstruyen el tránsito. Con paso decidido emerge de la oscuridad el Gerente, se alisa el pelo, se acomoda la corbata y el gafete que lleva en el bolsillo izquierdo del saco. Se coloca en el centro del cruce de dos pasillos de la tienda. Gira la cabeza, como en busca de alguien. Usando la mano izquierda como visera comienza a contar los faroles secundarios. Con preocupación, reconoce que son bien pocos,

amén de que no avista ningún otro punto iluminado en el espacio que lo rodea.

DON PABLO: ¿Usted...? (*Ha surgido de pronto detrás del Gerente, que se gira de inmediato.*)

GERENTE: En cualquier momento se encenderá la planta de luz principal. Estamos en una instalación segura.

DON PABLO: Pero...

GERENTE: De un instante a otro vendrán por nosotros...

DON PABLO: Es que...

GERENTE: Sé lo que estoy diciendo: soy el Gerente, y estoy aquí para servir.

DON PABLO: Es bueno saber eso, señor. Me llamo Pablo, Pablo Medina. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

GERENTE: Muy poco, y no tardarán en rescatarnos. ¿Está usted bien?

DON PABLO: Estoy bien, gracias al cielo...

GERENTE: Pero veo que tiene sangre en la camisa.

DON PABLO: Sangré un poco de la nariz pero ya pasó.

GERENTE: ¿Está usted seguro? Parece que se ha dado un golpe fuerte en la cara.

DON PABLO: No es nada. Me he de haber golpeado en la oscuridad...

GERENTE: Ya lo revisará nuestro médico para comprobar que efectivamente se encuentre usted bien.

DON PABLO: Quiero pensar que a la gente que estaba en el estacionamiento no le pasó nada...

GERENTE: Por supuesto, ésa es la parte más sólida de nuestro establecimiento.

DON PABLO: Venía de rápido con unos amigos, que se quedaron esperándome en el coche... Pero...

Del perímetro de la penumbra se desprenden las siluetas de dos mujeres, una de ellas embarazada. El Gerente se apresura hacia ellas, don Pablo se le adelanta.

DON PABLO: ¡Oh, señora!

GERENTE: ¿Se encuentra bien?

MERCEDES: Tengo un dolor en la cintura... ¿Lola...?

DON PABLO: No se sofoque, despacio, tómese de mi brazo, por favor. ¿Está usted lastimada?

MERCEDES: No... Pero no veo bien, algo me entró en los ojos. ¿Lola?

LOLA: Aquí estoy, junto a ti.

MERCEDES: Lola, dame la mano.

GERENTE: Permítame ayudarla...

Lola: Ay, se me perdió un zapato.

Gerente: Seguro quedó por ahí...

DON PABLO: Creo que usted debería... no debería moverse, señora.

MERCEDES: Debo caminar todo el tiempo... ¿Qué tengo, Lola? Siento como si me hubiera entrado polvo... como si tuviera tierra entre los ojos y los párpados.

DON PABLO: No tiene nada, señora. No le veo nada. Cíérrelos, déjelos descansar, relájese.

LOLA: ¿Dónde estamos, Merce?

MERCEDES: Más bien debo caminar...

DON PABLO: Pero puede tropezarse... Y sus ojos, al parecer...

GERENTE: Ésta es la parte más segura del inmueble. El núcleo de la estructura: invencible, mírenla.

MERCEDES: ¿Quiere decir que esto es un rasguño?

DON PABLO: No suelte mi brazo.

GERENTE: Perdón, señora, no me presenté. Soy José Luis Aguilar, el Gerente. Créame que harían falta demasiados kilos de explosivos

para dañar seriamente nuestro inmueble. ¡Además tenemos un seguro antiterrorismo!

MERCEDES: ¿Un seguro? Un seguro que no impidió que pasara esto.

DON PABLO: Le sugiero que sigamos caminando, señora, eso le ayudará a relajarse.

MERCEDES: Oye, Lola, ¿dónde quedó mi bolsa?

LOLA: Tú la tienes, Merce...

MERCEDES: ¡Ay, ya no veo nada! ¿Hay mucha gente? (*extiende los brazos, como ciega*).

DON PABLO: Pues ahora que lo menciona, debo reconocer que yo también tengo esa inquietud. Es decir... yo estaba en el departamento de vinos y licores y... Recuerdo que había más gente, mucha más gente. Había empleados por todas partes... La vodka Oso Negro tenía descuento y regalaban un par de vasos con el escudo de la marca... Cuando se fue la luz, se me quedaron por un segundo en los ojos los brillos de las luces que se habían estado reflejando en las botellas.

GERENTE: ¿Qué quiere decir con eso?

DON PABLO: Que recuerdo haberme quedado quieto, con una botella en la mano, precisamente la que venía a comprar para seguir la fiesta con mis amigos.

GERENTE: ¿Y?

DON PABLO: Que no sé cómo llegué aquí ni dónde dejé la botella.

MERCEDES: Es cierto... Yo recuerdo que se escuchó un silencio, como que todo se paraba, como que se apagaban unos motores... La gente contenía la respiración. ¿Tú lo notaste, Lola? Algo pasó... y luego vino... fue un solo movimiento, muy fuerte.

LOLA: Yo oía unas mujeres que hablaban. Primero parecía que se estaban peleando, tenían un acento raro.

GERENTE: En esta tienda compran muchos extranjeros.

LOLA: Hablaban y hablaban sin parar.

DON PABLO: ¿Y usted?...



GERENTE: No sé qué decirles... Apenas empiezo a oírlos en este momento.

DON PABLO: ¿Cómo?

GERENTE: Todavía estoy un poco sordo por la detonación.

MERCEDES: ¿Detonación? ¿Cuál detonación?

GERENTE: Aún no sabemos de qué magnitud son los daños... la cifra de víctimas...

MERCEDES: No nos ponga más nerviosos.

LOLA: ¿De verdad no oían las voces? Porque yo tengo la sensación de que estuvimos mucho tiempo quietos, hasta que vino la luz y ya nos acercamos.

DON PABLO: La verdad es que yo llevaba un rato caminando a tientas...

MERCEDES: ¿Un rato? ¿Cuánto...?

DON PABLO: Me es difícil decirlo... quizá... ¿dos días?

GERENTE: Eso es una exageración. Lo mismo pudo haber dicho un siglo, un minuto. ¡Por favor!

MERCEDES: No podemos quedarnos aquí un segundo más. Hay que buscar una salida.

GERENTE: Hay demasiados escombros, y esos hierros no se pueden mover con la mano, créame. Además...

MERCEDES: ¿Qué vamos a hacer entonces?

DON PABLO: Oiga, señorita, no se mueva, creo que está usted sangrando.

MERCEDES: ¡Lola!... ¿Te golpeaste?...

LOLA: No tengo nada, Merce... (*llora*).

MERCEDES: (*palpándola*) Pero si estás sangrando. ¡Te descalabraste!

LOLA: Te digo que no, es el sudor.

DON PABLO: No estoy muy seguro de que eso sea sudor... de cualquier forma la luz no ayuda mucho... Y si usted dice que se encuentra bien...

LOLA: Estoy un poco sofocada. Eso es todo.

MERCEDES: Tienes el cuerpo muy caliente y te siento muy acelerado el corazón.

GERENTE: ¡A ver! Háganse a un lado, le roban el aire a la señorita.

LOLA: No me pasa nada. (*Llora abrazada de Mercedes.*)

MERCEDES: ¿Y por qué lloras?

LOLA: Por nada.

DON PABLO: Quizá sea mejor que no permanezca usted de pie. Siéntese... aunque sea en el piso.

LOLA: Estoy empapada de sudor.

GERENTE: Le aseguro que en menos de lo que pensamos vendrá a atenderla el mejor equipo médico.

MERCEDES: Sí, Lola, siéntate...

LOLA: Te digo que estoy bien.

MERCEDES: Como quieras, entonces. Oiga, señor gerente, yo recuerdo que a la entrada de la tienda había una farmacia, ¿no es así?

GERENTE: Así es, hay una farmacia.

MERCEDES: ¿No cree que podríamos ir para allá... o que alguien traiga un analgésico para mi amiga...? Antibióticos, medicinas.

GERENTE: Calma, señora.

MERCEDES: Mi amiga vive en otra ciudad, ¿sabe?, sólo vino a visitarme. Su familia ha de estar muy preocupada. Entiéndame, por favor, a ella no le puede pasar esto...

LOLA: ¡Merce!

GERENTE: Ya le dije que de un instante a otro vendrán por nosotros. Escúchenme, tranquilícense: todos nuestros clientes están asegurados. Cualquier persona que entra en este comercio pasa inmediatamente a integrarse a la póliza de nuestro seguro... "Se cubrirán hasta noventa días de atención médica por cada víctima de siniestro": lo dice el contrato claramente.

MERCEDES: ¡Mi amiga está sangrando! (*Girando la cabeza hacia donde supone que se encuentra don Pablo.*) Y usted, señor, no se quedé ahí sin decir nada.

DON PABLO: Estoy pensando, señora...

MERCEDES: ¿Acaso tendré que ir yo?

Lola se sienta en el piso, abraza sus rodillas.

GERENTE: No, señora, usted se puede atorar por ahí... Perdón, no quise decir eso... Le juro que yo iría pero creo que más vale no precipitarse. Hay una cláusula que excluye la indemnización de heridas ocasionadas por intentos de salvamento no profesionales.

MERCEDES: ¿Quiere decir que nosotros no podemos ayudarnos?

GERENTE: Desde luego que no, pero hay que esperar a...

MERCEDES: Entonces puede ser ya muy tarde para mi amiga.

GERENTE: Esto incluye que los heridos deberán permanecer en el mismo sitio hasta que lleguen los paramédicos de la aseguradora.

MERCEDES: Pues qué es esto... ¿una ratonera?

DON PABLO: Perdón que me meta. En realidad, como veo las cosas, nadie puede asegurar que nos vayan a salvar. A mí me parece que más bien tendríamos que ir pensando qué vamos a hacer en caso de que nos quedemos aquí muchos días.

MERCEDES: ¿Qué vamos a comer?

DON PABLO: ¿Cuántas botellas de vino quedan?

GERENTE: Creo que lo mejor es permanecer juntos, concentrados en un solo lugar.

DON PABLO: Podemos quedarnos aquí o andar deambulando. Yo creo que eso dependerá de cada quien... Me gustaría intentar lo que sugiere la señora...

GERENTE: ¡Señor!, no debemos movernos de aquí, hágame caso. Se va usted a arriesgar de manera absurda. Sobre esos escombros sólo puede pasar una cuadrilla equipada...

DON PABLO: Y si vamos a esperar indefinidamente, sería conveniente ir procurándonos ciertos víveres.

GERENTE: Se necesitan herramientas, máquinas, detectores para saber si quedó algún artefacto sin detonar...

DON PABLO: ¿Ya qué más me puede pasar? Creo que correré el

riesgo...

Don Pablo va hacia el fondo y comienza a subir entre los escombros; hace mucho ruido.

MERCEDES: Yo no oí ninguna explosión.

GERENTE: No estoy medio sordo nomás porque sí, señora. Mire cómo quedaron las estructuras, y esas vigas de allá... ¿O me va a decir que el viento las tiró? Para mí está claro que hubo un atentado.

MERCEDES: ¿Hubo un atentado?

GERENTE: ¡Es absurdo lo que me pregunta!

MERCEDES: ¿De dónde saca eso?

GERENTE: Entonces dígame usted qué pasó.

MERCEDES: Un sismo...

GERENTE: ¿Está usted segura? ¿Cree que esos daños los produjo un temblor?

MERCEDES: ... Sí.

GERENTE: Me va usted a perdonar, señora, pero cuando hay un sismo las cosas de arriba aplastan a las de abajo. Aquí las cosas volaron, lo de abajo está arriba. ¿No lo ve?

MERCEDES: No. No lo veo.

GERENTE: ¡Caramba!

MERCEDES: Además, no entiendo por qué alguien querría atacarnos.

GERENTE: Su optimismo me hace sentir que estamos en peligro.

LOLA (*levantándose*): Yo creo que esto... ¡Que no es real, Mercedes!

MERCEDES: ¿Por qué nadie dice cosas sensatas?

GERENTE: Me parece que debería sentarse, señorita. Permítame...

LOLA: ¡Merce! Aquí eres mi amiga pero en realidad no te conozco.

MERCEDES: ¿Qué estás diciendo?

LOLA: Eso me lo dijo mi hermano Eugenio después de que lo secuestraron.

MERCEDES: Yo no sabía que secuestraron a un hermano tuyo.

LOLA: ¡Ya lo ves! Es porque no sabes nada de mí.

MERCEDES: ¡Por Dios, Lola! ¿Entonces no estuvimos juntas en la escuela... ni pasó lo que te pasó con Federico...? A que de eso sí te acuerdas...

LOLA: Eso es parte de lo mismo.

Suena el *walkie-talkie* del Gerente.

MERCEDES: ¡Pero si tiene usted un radio! ¿Por qué no lo había dicho?

GERENTE: Quizá porque no me dan oportunidad de hablar. (*Al aparato.*) Sí, ¿me escuchan?, cambio. ¿Me escuchan?, cambio. Alfonso o quien sea, conteste, cambio.

MERCEDES: ¿Hace cuánto que perdió el contacto?

GERENTE: Apenas en este momento revivió... Y ya se murió otra vez. A ver, espere, parece que...

MERCEDES: Que llamen a la ambulancia, a alguien... Mi amiga sigue sangrando.

GERENTE: Señora, le aseguro... Contesten, cambio... ¡Carajo!

El Gerente insiste con su aparato hasta que salen ruidos de entre los escombros. Se escucha el llanto de un niño, luego los gritos de un hombre.

MERCEDES: Ya viene de regreso el señor, Lola, ya traen la aspirina.

GERENTE: Lo dudo, los ruidos vienen de este lado.

MERCEDES: Pues dio un rodeo.

VOZ: ¿Hay alguien ahí?

MERCEDES: ¡Nosotros! ¡Aquí estamos!

GERENTE: Ha de ser un bombero.

MERCEDES: Deben de ser las mujeres que mi amiga escuchó... ¡Ey,